

En las estribaciones montañosas de la cordillera de la Discordia, un grupúsculo de veinte hombres, en los que había nueve varones, cinco mujeres y seis niños, vagaba en busca de alimento. Se encontraban armados con un instrumental bélico rudimentario: lanzas con puntas de cobre, algún carcaj y flechas, aunque el jefe llevaba una espada corta de cobre en su cinturón.

Éste, un joven de unos veinte años se sentó en una de las enormes piedras repletas de musgo que se podían encontrar en aquel paisaje. Observó la vegetación: aunque la región en la que había aparecido el clan y éste se había separado de la tribu, no destacaba por la variedad o la exhuberancia de la vegetación, cada vez se podían ver en aquel paraje formaciones vegetales más pobres: matorrales, zarzas

y algún arbusto aislado a miles de metros de cualquier otro de la misma especie.

La cima se encontraba cerca. Y al otro lado de ésta, el desierto.

-¿Dónde está el muflón? ¿No lo sabes?

-Sí.- contestó trabajosamente el líder del clan.- Al otro lado de las montañas.

-¿Seguro?- preguntó un tercer personaje.

El jefe miró severamente a los dos compañeros, así como a otra componente del grupo que escuchaba la discusión.

-¿No os fiáis de mí? ¿Creéis que os miento?

Ello podía sonar como que los hombres del clan no le eran fieles, que no le obedecían, que no le seguían, que no confiaban en su inteligencia, valor o mando...

Por eso, los hombres del clan se echaron atrás. Según las reglas aceptadas y aprobadas por todos se elegía a un jefe varón que liderase el grupo de manera vitalicia y se le obedecía bajo la única condición que no violase o agrediese a nadie del grupo. Una vez que muriese, se elegía a otro caudillo y así eternamente. No obstante, las reglas o las leyes no se obedecían por mero formalismo sino porque eran elegidas por todos.

-Además, cuando tengamos en nuestro poder al muflón, tendremos con que alimentarnos para días.

Pensaba y se encontraba obsesionado con el muflón: un cérvido de tres metros de altura, poderosas y hermosas astas y dos o tres metros de longitud. Un animal legendario y pacífico- si no era atacado-, aunque si había pruebas de su existencia real.

Si lo cazaba conseguiría una "hazaña", un "logro" memorable para ser recordado como un gran líder. No obstante, a él, lo que más le interesaba era que con ese "logro" o "hazaña", se le daba al "gran jefe", al "gran líder" un regalo, un premio, en definitiva, una recompensa que consistiría en proporcionarle su mayor deseo siempre y cuando no fuese en contra de la integridad de cualquiera de los miembros de la tribu. Este deseo, el cabecilla lo tenía bien claro: la mano de una mujer de su propio clan. Ello no lo podía conseguir de otra manera, puesto que esa mujer era prima segunda suya y las leyes y la tradición lo impedía, ya que su descendencia podría nacer con enfermedades o infértiles, lo que provocaría que el grupo tuviera más dificultades para sobrevivir. No obstante, si lograba cazar el mítico muflón sus compañeros no podían negarse de ninguna manera.

El paisaje era cada vez más accidentado y abrupto, a pesar de que las montañas no eran excesivamente elevadas, aunque si contaba con cuevas bastante pronunciadas y peligrosas. Pasaron, en ese momento, de encontrarse en la ladera oeste de las montañas a la ladera este. Había una diferencia significativa entre ambas laderas: mientras que de la oeste surgían numerosos ríos que surcaban las mesetas occidentales a lo largo de cientos de kilómetros camino del mar, evitando que aquellas tierras se convirtieran en un terreno desértico e inhóspito; en la ladera este se extendía un gran desierto hacia el interior del continente.

En poco menos de seis horas llegaron a la cima más elevada de las montañas e iniciaron un largo descenso que duró varios días, en el que vagaron de manera errática.

Pudieron ver durante el trayecto varios conejos a los que cazaron mediante una trampa en unos matorrales. Esto, les permitió llenar sus estómagos maltratados, pero no impidió que los ánimos del grupo se relajaran. Varios de los compañeros del líder, lo criticaban de manera solapada cuando se retrasaban en la comitiva.

-¿Por qué cruzamos las montañas? Nos vamos a perder... Acabaremos mal...

Algunos opinaron que había que tomar medidas drásticas: echar al líder del poder para evitar que los miembros del clan murieran de hambre. No obstante, la mayor parte de sus críticos, pedían calma:

-Si intentamos quitarle el puesto, se enfadará y reaccionará de manera violenta. Además, no sabemos como reaccionará el resto del grupo. Probablemente, otros lo apoyarán y acabaremos enfrentándonos y alguno muerto. Si la situación empeora mucho, entonces si podremos actuar. El paisaje se hizo cada vez más abrupto: aparte de laderas muy pronunciadas, las rocas eran mucho más grandes y tomaban un color más rojizo y comenzaba a extenderse la arena por el suelo. El viento y su erosión era cada vez más fuerte. Ello, creaba curiosas formas rocosas naturales que atrapaban la vista incrédula del espectador: puertas, columnas...

Mucho después, comenzaron a aparecer los típicos corredores del desierto rojo:

se formaban largas galerías naturales creadas por la roca, la arena y la erosión. Éstas, iban de sur a norte y conectaban entre ellas formando paisajes laberínticos que impedía al grupo orientarse. El caudillo temía que otro grupo les trazara una emboscada, pues el territorio era muy dado para ello.

Entre un corredor y otro, había montículos formados por arena y piedra acumulada que, a veces, impedían el acceso a otros. Estos montículos podían llegar a medir cinco metros de alto y a veces, eran verdaderas paredes de piedra que podían albergar escondrijos naturales.

No se veía nada animal ni vegetal. Nada para comer. Un amigo del líder escaló una pared rocosa para observar el panorama:

-Nada. No se ve la salida a este laberinto.- Acto seguido comenzaron las críticas:

- Este paisaje es un infierno. ¡Vámonos de aquí! ¡No hay muflón que valga! Ya ves que no hay ningún animal del tamaño de tu puño... ¿Cómo va a ver uno más grande que tú?

El líder dudó. No sabía si decir algo o no. En ese momento el compañero que se encontraba en la cumbre de la "montañita" comentó que había visto algo. Algo marrón y grande hacia el norte. Uno de los críticos trepó el montículo rápidamente. No se podía creer que encontrarán en ese paisaje y en ese momento un muflón.

-Si, hay algo- dijo.- Pero no es muflón.

-¿Qué es?

-No sé, está agachado en el corredor de al lado. Es bastante grande y me parece que no se ha dado cuenta de nuestra presencia. Yo creo que lo podíamos cazar.

El jefe se subió al fin a la cima: era una bestia marrón que caminaba sobre dos patas y que se encontraba a unos cincuenta metros hacia el norte y ligeramente agachado frente a una gran roca. No tenía ni idea que era pero suponía que se podría comer.

-¡Tú, tú y tú! Subid a la pared, con cuidado y sin que os vea. Otro grupo que siga por el corredor para escalar más tarde la pared. El resto..., no, no tantos, tres o cuatro, que vayan armados con lanzas, pase al otro corredor y cubra la retirada.

Los tres grupos se dividieron. El líder iba con el primer grupo, el que había subido la pared.

-No es un muflón- comentó un compañero. -Me parece que es un oso.

-¿Un oso? ¿En estos lugares vive un oso?

-¿Pero un oso se puede comer?

-¿Por qué no? Todo se puede comer.

- Pero y... ¿el que come?

- Callaos. Aún nos va a oír.

El oso se encontraba distraído con la mirada ensimismada en el suelo pedregoso. Era una situación un poco estúpida... Sus depredadores avanzaban lentamente. Se encontraban a unos escasos veinte metros.

Los grupos se coordinaban mediante signos y el líder daba las órdenes. Los miembros del tercer grupo lograron esconderse con su armamento detrás de una roca a escasos siete metros del oso. El jefe les hizo gestos desesperadamente: aquel grupo se acercaba peligrosamente, no le escuchaba y podía echarlo todo a perder, así como fallecer alguno de sus miembros en el intento.

Cambió en ese momento de estrategia, agarró su arco y apuntó al animal que todavía no se había dado cuenta de la emboscada. No obstante, un compañero le agarró el brazo con el que manipulaba la flecha.

- No malgastes las flechas que quedan muy pocas. Tienes bastante puntería y fuerza: utiliza una piedra grande para matarlo.

El otro aceptó: buscó una piedra y agarró una puntiaguda del tamaño de su cabeza. La izó y lanzó.

Uno de los hombres que aguardaban tras la gran roca, salió de su escondite imprudentemente dispuesto a rematar el oso. Pero el oso desapareció a los ojos de todo el mundo y la piedra sin hallar destino en la carne del animal, rebotó en una gran roca, para luego impactar en la cara del hombre. Éste, cayó de espaldas y su nuca rozó con la roca que le sirvió de escondite.

Rápidamente, el suelo se tiñó de sangre. Sus compañeros, sin entender nada, lo intentaron reanimar sin éxito. Cuando el líder llegó, los ojos del hombre tornaron impávidos. Ello, unido a que su cara ensangrentada no mostraba ninguna emoción, convenció a sus compañeros de que había muerto desangrado.

-¿Qué? ¿Qué?

-¡Demonios! ¡Demonios!- se formó un revuelo tremendo cuando los miembros del grupo se acercaron al cadáver. Todo el mundo gritaba aterrorizado. Algunos lloraban, otros maldecían...

-¿Dónde se ha ido el oso?

-¿Y si no existía?- aventuró uno.

- Tranquilidad, tranquilidad...- pidió el caudillo aunque la estaba perdiendo.- Incinerémoslo y luego decidiremos que hacer...

Los críticos del líder se miraron entre sí. Parecía que éste recapacitaba. Pero ya había muerto un compañero y algunos temían que no sería el único.

Los miembros del clan hicieron fuego. Luego prendieron el cadáver mientras realizaban toda una serie de mitos ancestrales.

Todos se preguntaban por la desaparición del oso y comenzaron a pensar que aquel lugar estaba maldito, y por tanto, había que huir de allí inmediatamente. No obstante, no dijeron nada por respeto al fallecido.

Cuando las últimas carnes del cadáver comenzaron a desaparecer, casi todo el clan quedó convencido de aquel lugar era maligno. La razón fue que en ese momento el suelo empezó a temblar. Todos, aterrados, sacaron las armas, aunque a alguno se le cayó la lanza. Poco después, el ambiente se enrareció aún más: se oyó un ruido sobrenatural y terriblemente grave que parecía surgido de las entrañas de la tierra. A más de uno le pareció que se trataba de un grito inhumano que venía del este.

-¡Círculo! ¡Círculo!- gritó el líder buscando una posición defensiva con las lanzas alzadas. Pero su amigo lo rompió y escaló como un gato al montículo de piedra y arena que tenía delante, tratando de contemplar que sucedió en el este.

-¿Qué haces? ¿Estás loco? ¿Quieres morir? -berreó el líder con los ojos desorbitados.

A continuación del grito una gran ola de arena proveniente del este tapó por un momento la vista de todos. No obstante, aquel explorador si pudo ver algo:

-¡Escondeos todos! ¡De nada sirve defenderse!- saltó del montículo a la vez que penetró en ese momento un olor nauseabundo que indicaba que algo o alguien venía del este.

Se escondieron desordenadamente y a empujones justo en el momento en que se vio una gran silueta en el aire.

Un dragón formado por entero por arena salvo sus ojos, sus espectaculares fauces y napias sobrevoló sobre ellos. Los vio y sonrió como haría un niño macabro delante de unas hormigas que intentaban huir de una muerte segura.

Se apoyó sobre la roca en la que se había desangrado el miembro del clan. Oteó a su alrededor y acercó sus narices al muerto. A continuación, y ante la mirada perpleja de sus espectadores, aspiró el fuego y los restos consumidos del cadáver.

-¿Quién es el jefe del grupo?- salió de su profunda boca cuando levantó la cabeza. Nadie respondió.- Si el jefe no sale ahora mismo os despedazaré a todos.

El clan entero, observó horrorizado al jefe que se escondía tras una roca de la mejor manera que podía. Éste, no tuvo más remedio que salir. Pero no era por "heroísmo" sino porque había calculado que si se hacía el valiente y lograba salir vivo, aún podría conservar el mando e incluso le otorgarían el triunfo.

-Soy yo. Me llamo Noche. - contestó temblando de pies a cabeza. No obstante, su voz salió rígida, estable e intacta. El dragón no contestó nada en ese momento. Parecía que se reía por dentro. Noche le escrutaba de arriba a abajo buscándole algún punto débil, aunque sólo le vio los ojos.

-¿Quién eres?- Se atrevió a preguntar. La respuesta fue un fuerte bufido del dragón que le tiró al suelo. - Se acabó-pensó Noche. Sin embargo, el dragón no parecía dispuesto a matarlo, por lo menos, por ahora.

- Habéis llegado a mis dominios. Nadie- que esté vivo- llega a ellos.

-Nos habíamos perdido- reconoció Noche intentando incorporarse.

-¡Silencio! Si en dos días no salís del desierto, acabaré con todos vosotros.

-No sabemos por donde salir... de tu morada...

-Haberlo pensado antes.- El dragón se levantó. Sus alas chasquearon y comenzaron a sostenerlo en el aire.- No es mi problema. Recordad: tenéis dos días justos para huir.

Ascendió a una altura considerable mientras Noche lo contemplaba de arriba abajo.

-No te hagas el listo. No saldrás con la tuya -aconsejó al ser humano. Desde arriba, éste parecía un simple animal al que podría aplastar tranquilamente. Giró la enorme cabeza de arena y se marchó por donde había venido.

Nadie se movió durante un tiempo. Finalmente, Noche llamó a los veinte hombres, mujeres y niños al prometido consejo. Aunque sus compañeros estaban absortos y aterrorizados, no por ello dejaron de criticar a su líder:

-Nos hemos perdido, tú mismo lo has reconocido delante de ese...- tenía dudas sobre la palabra exacta- monstruo. Nos has llevado a la muerte.- Esta idea la apoyaron otros tres hombres armados que comenzaron a efectuar con sus armas gestos amenazantes.

-¿Por qué discutir y enfrentarnos en este momento tan... crucial?- Se defendía Noche, que parecía contar con el apoyo de algunos de los mejores guerreros del grupo y de las mujeres (incluyendo su amor platónico, lo que le dio valor)- Ahora lo que importa es salir de aquí. Cuando salgamos del desierto, renunciaré y elegiremos a otro jefe- se oyeron algunas protestas de sus fieles.-Pero ahora, obedecedme y os sacaré de aquí.

-¿Cómo nos vas a sacar de aquí si no sabemos siquiera dónde nos has metido?-inquirió un miembro del grupo. Pero Noche no le hizo caso.

-Puesto que venimos del oeste, el monstruo se ha retirado hacia el este- hacia su "morada"-, y el sol sale por el este, debemos huir por el oeste, siguiendo al sol en su viajes diarios...Sigamos al sol. Partamos ahora mismo, deprisa, no miréis nunca atrás.

Durante un día y medio anduvieron y corrieron hacia el oeste. No obstante, pronto se dieron cuenta de que se habían perdido: no recordaban haber pasado por allí, aunque era posible que si hubiesen pasado sin darse cuenta, pues el paisaje era totalmente monótono.

Quedaba medio día para escapar de la muerte. Habían andado durante dos noches sin fortuna. Pasó la noche y el día, la mañana y la tarde.

En esto, en un escabroso descenso de un montículo, una de las mujeres terminó rodando por el suelo. Se pudo partir el cráneo, pero tuvo suerte y sólo se partió la mandíbula. Sus compañeros evitaron que se desangrara. Ella iba dando continuos gritos que atravesaban la faz del desierto. Algunos, asustados porque los gritos podían atraer al dragón antes de tiempo y del retraso que provocaba llevar a una persona malherida, propusieron abandonarla para que se pudieran salvar los demás. (y así distrajera por un rato valioso al dragón). Sin embargo, Noche consciente del apoyo que le brindaban las mujeres del clan se negó rotundamente: o se salvan todos o nadie.

El tiempo pasó: pasó el mediodía y la tarde del segundo día, y en el atardecer vendría el dragón. No faltaría a su cita después de cuarenta y ocho horas.

Fue justo poco antes del atardecer cuando Noche detuvo la marcha:

-No vamos a llegar a la montaña. Va a venir el dragón.

-¡Maldito!-Gritó desesperado uno de los lanceros. Lo empujó y lo tiró al suelo, emanando sangre de su mejilla izquierda. Noche se levantó en silencio y miró a su prima segunda: la jugada le había salido mal. Los dos morirían, al igual que sus compañeros, pero antes éstos, lo ridiculizarían para más escarnio delante de ella aunque éstos desconocían sus intenciones.

-¡Te ensartaré!- gritó el otro.- ¡Nos has destrozado la vida!- Gesticuló con la lanza en ristra, pero Noche fue más rápido y le detuvo:

-Aún pueden sobrevivir las mujeres y los niños y con ellos, la estirpe del clan. Los hombres nos enfrentaremos con esa bestia.

Los hombres le siguieron, incluyendo aquel que le había atacado, que recapacitó y guardó la lanza. Los niños y mujeres dudaron un momento y acabaron huyendo hacia el oeste. Noche contempló resignado, a su prima segunda. Ésta, se quedó mirando durante un rato para él, pero ninguno de sus compañeros sospechó nada.

Ocho hombres quedaron a la espera del dragón mientras observaban la huida de sus mujeres. Siete armados de lanzas y uno de arco, flechas y espada.

- Coloquémonos detrás de un montículo: no le podremos hacer ningún daño a campo abierto. He ojeado su cuerpo de arriba abajo y creo que su único punto débil son los ojos, que son bastante grandes: si lo cegamos, aún tendremos posibilidades.

El amigo de Noche montaba guardia encima del montículo cuando el suelo volvió a temblar. De nuevo apareció ese nauseabundo olor y el grito colérico del dragón.

-¡No habéis huido! ¡Os arrancaré la vida a todos!-Expulsó una bocanada de arena sobre los guerreros. Uno de los ocho salió despedido. Otro, semienterrado. El resto se dispersó y abandonó el montículo, dejando sin sentido la estrategia de Noche.

El dragón se posó un momento sobre el montículo y se acercó al guerrero semienterrado, que quedó inmovilizado. Abrió sus fauces y devoró al primer miembro del clan. Luego expulsó el maltratado cuerpo, ya que al parecer no comía seres humanos.

Horrorizados, los siete atacaron de manera desorganizada y sin centrarse en los ojos. Debido a ello, uno a uno quedó fuera de combate.

El guerrero que había quedado atontado tras salir despedido fue la siguiente víctima. Consiguió clavar su lanza en el cuerpo arenoso del dragón, pero para su sorpresa, éste expulsó la lanza violentamente atravesando al guerrero. Nuevamente, la arena se tiñó de rojo.

Otro intentó clavar su lanza, pero en el ojo. Sin embargo, el dragón fue más rápido y le propinó un cabezazo tirándolo contra unas rocas. Acto seguido, el tercer guerrero moría con la cabeza abierta.

Ante estas circunstancias, los cinco cambiaron de estrategia y se dispersaron aún más. El dragón de arena se fijó en Noche. Sus fauces se abrieron a medio metro de él, emanando el suave olor a muerte. Sin embargo, dos compañeros, incluyendo el amigo de Noche se abalanzaron sobre él. Éste, giró rápidamente, golpeó a los dos hombres, tirándolos a varios metros de distancia. Uno de ellos se volvió a levantar, mientras que su amigo simuló haber muerto o estar inconsciente. Fue buena idea, pues el otro, nada más levantarse se encontró en las fauces del reptil. No obstante, no lo mató en ese momento. Lo elevó diez, veinte metros y luego lo soltó.

Noche observó en que en ese momento, el monstruo deparó en las mujeres que contemplaban el espectáculo.

Su quinta víctima anduvo algo más acertado que las anteriores. Clavó la lanza en la boca del dragón, que durante un momento, simuló estar herido. Luego, sonrió y tiró bruscamente de la lanza llevándose consigo el brazo del soldado a la boca. Aquel gimió de dolor. Ya no era peligroso y comenzó a desangrarse. Por ello, el dragón no le prestó más atención.

El sexto guerrero trató de esconderse pero el dragón se percató, lo persiguió y lo agarró. Sin embargo, tampoco se lo tragó, sino que expulsó o escupió violentamente impactando su cuerpo con unas rocas, donde se quedó tirado para siempre.

De ese modo, tan sólo quedaban Noche y su compañero, que seguía tirado en el suelo, probablemente herido y esperando su oportunidad para atacar por sorpresa a aquella mala bestia. El primero, optó por buscar un lugar seguro, un pequeño escondrijo entre las rocas para desplegar su arco y arrojar una flecha sobre su ojo. Esa debía de ser la última posibilidad. El dragón lo acosó y colocó su horrenda cabeza delante de él. Se había posado delante del montículo, unos cinco metros por debajo del hombre, que le apuntó con su arco.

No disparó, pues el dragón intentaba ocultar sus dos puntos débiles. Cerró los ojos parcialmente y el humano no se atrevió a disparar por miedo de errar el tiro. Sentía su boca y aliento cercano. Fue justo en ese momento cuando el dragón comenzó a vomitar palabras:

-¿Estarás orgulloso? Has enviado a todos tus compañeros a la muerte.- El otro no dijo nada.

Aquella bestia era muy inteligente, pero no le iba a engañar fácilmente.

-Tú has matado a esos seis infelices- comentó.- Y más tarde, matarás a toda esa gente que huye dispersa hacia el oeste.- giró ligeramente la cabeza.

-¿Qué me dices? Matas a mis compañeros y ahora me dices que los he matado yo.

-No los he matado yo...

-Ya...Se han suicidado.- intentaba encolerizarlo con el fin de que abriera súbitamente los ojos, donde se alojaría su flecha... pero era el dragón el que lo estaba encolerizando.

-No los he matado yo... por la simple razón de que no existo.- Risas por dentro de Noche.- No existo..., al igual que el oso...pues soy un producto de tu mente.

-Entonces, no entiendo porque no sólo te he visto yo y si te han visto los otros...

-Porque los otros no piensan. Sólo te obedecen a ti como unos borregos a un pastor, y se creen todo lo que tú dices. Tú los controlas y eres su cabeza.

La rabia e impotencia estalló. Cuando el dragón dijo "su cabeza" abrió momentáneamente e imprudentemente su ojo derecho. Éste comenzó a sangrar y la criatura gimió como si se tratase de una persona. Ahora no era ningún truco: la sangre manaba de verdad y calaba las rocas. A Noche también le salpicó. Pero anduvo con prudencia: sacó otra flecha y la arrojó sobre el otro ojo. Si el dragón no estaba ciego, si era cierto que estaba malherido y no veía bien. Dio muestras de desorientación y de no saber dónde se encontraba su enemigo. El otro sobreviviente se levantó y se acercó cautelosamente a la criatura. Ésta sufrió una mutación, un cambio, una alteración... la arena que cubría su cuerpo desapareció, se diluyó y apareció por

debajo de ésta una capa escamosa. Todo ello era muy extraño y anormal, pero era su momento. Noche desenvainó la espada, preparándose para saltar sobre su cabeza.

Pero al igual que el oso, el dragón se volatilizó, desapareció, se esfumó. Su rival se despeñó, golpeándose, aunque no en la cabeza. Su espada, preparada para clavarse en la cabeza del dragón, acabó clavándose en su pie derecho.

Noche no dijo nada, pero se dolió. Malherido, su amigo se dispuso a ayudarlo. Le arrancó la espada del pie, que prácticamente se lo había atravesado, al tiempo que se deshizo de sus ropas para evitar la fuga continua del líquido rojo.

-¿Has oído?- le preguntó el caído.

-He oído, pero no he entendido.-contestó- Has matado el monstruo. Se acabó. Voy a llamar a los otros.

A sus espaldas, Noche le dedicó una mueca burlona, que el otro no pudo ver. Se dedicó a llamar al resto a gritos que retumbaban en el desierto y en su cabeza. Irónico, mordaz, cruel, sarcástico... Ahora sí que se había ganado el triunfo, el mérito, el premio, la recompensa... Pero ésta, sólo le sabía a dolor y sangre. ¿Tendría razón el dragón? ¿Los otros eran unos títeres? ¿Podría haberse casado con su prima segunda sin necesidad de cazar a un muflón y ahora a un dragón?

Los otros llegaron haciendo bromas y dando brincos y gritos, pero acabaron relajándose al ver las magnitudes de la carnicería. Seis cadáveres decoraban el suelo. Y a éstos, parecía que se le iba a unir otro nuevo.

El grupo terminó haciendo un coro alrededor de Noche. Respiraba con dificultad, sangraba malherido y el cansancio y los remordimientos lo debilitaban. El pie abierto, parte del brazo derecho también, la mano izquierda destrozada. La caída había quebrado su cuerpo.

Seguramente, era una caída tonta, estúpida, que podría haber evitado si hubiese esperado a que el dragón hubiese muerto o desapareciese, como sucedió al final. Tampoco quería haber compartido el éxito (y el triunfo) con su compañero.

La existencia de este triunfo se lo recordó precisamente éste:

- Has entrado en la historia del clan. Tienes derecho al triunfo.

-Pues me temo que no lo necesito, pues se está acabando mi vida.

La agonía se prolongó unos diez minutos en los que Noche calló como un muerto. Reflexionaba. Una mujer se sentó al lado de él: su prima segunda. Lloraba y comentaba algo, pero Noche no volvió a contestar.

Sus compañeros hicieron dos pilas: en una se quemaban los seis compañeros y en otra Noche, con honores especiales. El liderazgo pasó a su amigo, que consiguió sacar al grupo del desierto, garantizando su supervivencia. También logró, irónicamente, la supervivencia de la memoria de Noche. Pasó a ser un héroe. Más tarde, se convirtió en dios.

*Por Delgado*

**Club de Lectores Juvenil**

**Junio 2007**